

TRES OPINIONES FUNDADAS

LA RAZÓN. JUEVES 11 DE ABRIL DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

La demagogia deviene consustancial a la libertad de expresión en los sistemas, como el nuestro, donde el consenso restringe la libertad de pensamiento. Si todo el mundo puede opinar con la misma legitimidad sobre cualquier tema, es inevitable que se produzca una selección al revés de los opinantes y una degradación cultural de las opiniones.

La proclividad a lo vulgar eleva socialmente a los especialistas en opinar sin razonar y descende sus criterios al de la opinión más ordinaria, que por ser la común es la que menos fundamento requiere. Son populares porque opinan como el pueblo, incluso en materias científicas, estéticas, jurídicas o técnicas. Si no se avanza una opinión nueva, ni se contradice la imperante, no hay que aburrir con pedantes o superfluas argumentaciones.

El periódico LA RAZÓN vive en una tensión opinativa. No porque mezcle opiniones de la derecha clásica con otras de la izquierda tradicional, pues todas son comunes en tanto que convencionales, y les basta con mostrarse sin necesidad de demostrarse. Eso sólo denota liberalismo político. La tensión real la produce la oposición entre lo nuevo por saber y lo viejo consabido, que es el conflicto típico del liberalismo cultural.

LA RAZÓN se diferencia de los demás medios informativos porque ha incorporado esa tensión cultural en la estructura editorial del periódico, y no sólo en la página argumentativa de Otras Razones. Para evidenciarlo, me detengo por azar en el ejemplar del domingo pasado donde encontré tres motivos de honda satisfacción.

El señor Anson, en su «Canela Fina», tuvo que razonar, contra la demagógica opinión común, que es la del gobierno, por qué la inteligencia y la moralidad de las naciones europeas no deben apoyar la estrategia de Arafat, basada en la amenaza terrorista a Israel, aunque sea cruel la respuesta talionista de Sharon. Es una opinión fundada en serios argumentos, aunque pueda no ser compartida.

Don Francisco Nieva, en «La Primera», emite una nueva opinión contra la idea común de que al arte abstracto y la experimentación pictórica son progresistas. Como es genuino artista, no basa su criterio en argumentos de la razón sino en los sólidos valores objetivos que las obras geniales prestan al juicio estético.

Las preferencias del joven Nieva estaban justificadas. La pintura «burguesa» de Ingres no sólo era estéticamente preferible a toda la experimental, sino incluso a la del decadente clasicismo de su contemporáneo David.

Las obras de arte no son progresistas o reaccionarias por el contenido temático o por su grado de abstracción, sino por el avance o retroceso en las formas artísticas de expresar emociones bellas o sublimes. El pintor del asesinato de Marat nunca dejó de ser antiguo. Y, salvo en el esbozo de Madame Récamier, careció de originalidad pictórica. Mientras que el moderno Ingres constituyó uno de los dos paradigmas (el otro fue Delacroix) que permitió la gran eclosión de la pintura francesa en la segunda mitad del XIX.

Don Amando de Miguel, contra la opinión común que desprecia la compasión, esboza las razones vitales de esta virtud natural en un maravilloso artículo que todo humanista ha de suscribir.

Hasta tal punto esta pasión es conmovedoramente progresista que en dos momentos críticos de la humanidad, el Renacimiento italiano y la Revolución atlántica, llegó a ser la base sentimental del pensamiento que fundó la dignidad personal (Pico de la Mirandola) en la simpatía griega del hombre con la Naturaleza, y el nuevo patriotismo nacional, en la piedad romana por los antepasados, que Virgilio simbolizó en la de Eneas hacia su padre Anquises.